

LO MÁXIMO

¿ Qué, todavía eres virgen? Preguntó Antonio, extrañado y divertido a la vez. La respuesta afirmativa de Mario Enrique apenas se escuchó.

Tú me estás cotorreando. ¿ Eres virgen, lo que se llama virgen? Insistió el primero. ¿ Nunca te has acostado con una mujer a tus diez y siete años?

Ya molesto, sobre todo consigo mismo por haber confiado un secreto a alguien que seguramente no lo iba a guardar repitió que no, que ya se lo había dicho, añadiendo, y por favor no se lo vayas a decir a los demás.

- Pero si es una noticia fenomenal. No pensé que todavía existieran seres como tú en este planeta. ¿ Qué, en tu tierra no hay viejas?
- Cállate, por favor, te van a oír.
- De eso se trata. Cómo crees que voy a dejar esto sin que se sepa.

Enrique llamó a gritos a Luis, a Raúl y a Vicente. Ninguno se dignó mirar hacia ellos por seguir una jugada del centro delantero de su equipo. Al mismo tiempo que el locutor de la televisión, los tres jóvenes, levantándose de un salto de sus sillas, gritaron gol. Un palabra de una sola sílaba que ocupó, por la prolongación interminable de la letra o, el tiempo de una frase entera. Antonio, olvidando a su compañero se unió al júbilo. Cuando repitieron la jugada ya fueron cuatro los que gritaron gol, pero esta vez mucho más corto. Apagaron el aparato y mientras terminaban sus cervezas cada uno comentó las principales jugadas del partido, hicieron pronósticos para el siguiente juego, y por último, Vicente propuso que esto debía

LO MÁXIMO

celebrarse en grande. Mario Enrique, sin moverse del lugar, contemplaba la algarabía del grupo. Cada minuto que pasaba le traía una nueva esperanza de que a Antonio se le olvidara lo que tan de buena fe le había confiado.

Hijo único, la primaria y la secundaria las había cursado en colegios particulares religiosos de provincia. Los primeros meses en la preparatoria, ya en la ciudad de México fueron para él sumamente penosos. De natural tímido, el trato violento y lleno de alusiones sexuales entre los jóvenes lo mantuvieron alejado de ellos.

Hoy fue el primer día en que sus compañeros lo invitaban a estar con el grupo. El día anterior prometió a sus padres, después de haber pedido el permiso, cuidarse mucho, no llegar tarde y portarse bien. El plan ya estaba hecho. Primero se juntarían en casa de Vicente para ver el partido, en la tarde iban a asistir al cine y después se irían a cotorrear a un café. Era todo. Para él cualquier actividad era buena, lo importante era formar parte de un grupo, de ser aceptado en él. En el camino compró un paquete de cigarros, no para fumarlos, sino para regalar por si alguien le pedía. En este estado de ánimo fue fácil presa de Antonio que con unas cuantas palabras logró que le contara la situación económica de sus padres, explicara el motivo de su traslado a la capital y terminara relatándole sus aspiraciones.

-Seré ingeniero. Cuando termine mi carrera regresaré a San Luis y ahí me casaré y tendré hijos.

Creyendo en la amistad, no se dio cuenta de la sonrisa de burla del otro cuando terminó su discurso. El estaba orgulloso de haber podido decir con pocas palabras toda su historia. Jamás pensó que lo iban a considerar cursi por ello. Antonio, para completar la imagen de su nuevo compañero, le pidió que expusiera sus ideas religiosas y finalmente que relatara sus experiencias sexuales. Mario Enrique ingenuamente contestó que era

LO MÁXIMO

católico y que siempre cumplía las leyes de la iglesia. Burlonamente su confidente preguntó que de seguro ya habría ido este día a misa o que a la mejor quería que todos fueran con él. Esta observación le hizo mal a Mario Enrique, primero por percibir un tono irónico, y segundo, por haber faltado a la promesa que hiciera el día anterior a su madre. Bien pudo asistir a la misa de las diez o alguna más temprano.

Antonio manejó el tema del sexo más fácilmente. Para darle confianza a Mario Enrique primero relató sus experiencias personales: las relaciones con la sirvienta de su casa, las diferentes prostitutas con las que se había acostado y la frecuencia de sus actos masturbatorios. De su cartera sacó una foto pornográfica.

Mario Enrique, asustado y excitado a la vez, confesó ser virgen. Aceptó, sin embargo, haberse masturbado en alguna ocasión. Lo que no dijo fue el enorme sentimiento de culpa que lo invadía cada vez que lo hacía, del miedo a morir sin haberse confesado por esta falta. .

“ Es quinto”, escuchó de repente y miró como todos se volvían hacia él. Lucho por hacer desaparecer el color de sus mejillas. Notó que sus manos se humedecían. Sacó un cigarro y lo encendió. La primera aspiración le produjo un ataque de tos a él y uno de risa a los demás. “ Es quinto, es virgen y no sabe fumar. Es señorito” Repetían uno a uno y volvían a reírse. Si lo hubieran acusado de criminal o ladrón en ese momento, sentiría menos pena, y quizá hubiera podido defenderse. Con un gran esfuerzo pudo contener las lágrimas, que la rabia contra el mismo y contra los demás, pugnaban por brotar. Raúl, dándole la espalda, y agachándose, se ofreció para que Mario Enrique perdiera en ese momento su virginidad. Tú la pierdes por delante y yo por detrás. Pero será para mí un honor, dijo entre risas, mientras los demás pedían que a ellos les diera la misma

LO MÁXIMO

oportunidad. Las risas y las burlas persistieron durante mucho tiempo. Hicieron todo tipo de juego de palabras. Ya más calmados relató cada uno de ellos como había perdido “su inocencia”. Al notar la seriedad de Mario Enrique le dijeron que eso no tenía importancia, que más se había perdido en la guerra y que además tenía remedio, y ese remedio tenía que ser aplicado urgentemente.

-Hoy mismo te van a desflorar, eso corre de nuestra cuenta.

Sin preocuparse de la reacción del joven que en ese momento sintió como se le contraían todas las vísceras, le palpitaba el corazón y aumentaba su transpiración, se pusieron a planear las actividades restantes del día. Al diablo el cine y el café, dijeron. Vamos por un chupe y le llegamos a un antro que está de pelos. Es cerca del Zócalo, añadieron. Para terminar nos vamos a la Merced. Ahí son bien baratas las viejas. Entre todos le pagamos el hotel y que él pague la chava. Concluyeron.

A Mario Enrique todo lo aterró, desde beber mucho, cosa que nunca había hecho en la vida, ir a un antro, y sobre todo ir a esa zona, tan peligrosa, para contratar una mujer y llevarla después a un cuarto quién sabe dónde. Pensó en su familia, en los pecados, en los asaltos, en las enfermedades: sida, gonorrea, chancros y hasta ladillas. Por otro lado, si iba con ellos, no iba a llegar a tiempo a su casa. Ya se veía a si mismo tocando la puerta, pues no tenía llaves, esperando que alguno de sus padres abriera la puerta y se escandalizara por el aspecto que traería: vomitado por el alcohol que ingirió en la tarde, la ropa rota por el pleito con una pandilla en la Merced, lleno de bilet en cara y cuello, la ropa arrugada. No quiso seguir pensando. Era demasiado para él.

- Perdónenme, pero no puedo ir con ustedes. Quedé en ir a cenar con mi familia. Hoy llega una tía que viene de San Luis y...

LO MÁXIMO

- ¿ Y?
- Tengo que estar.
- El niño tiene que estar con su mamita, su papito y su tiita. ¿ No es conmovedor?
- Además no tengo dinero para ir.
- De eso no te preocupes. Nosotros te prestamos. Después nos lo pagas.
- Las cubas que bebió, en lugar de alegrarlo, sólo consiguieron que aumentara su sentimiento de culpa. Culpa por su cobardía para no irse de ese lugar, por haber hablado de más; por causarles, seguramente, una pena a sus padres y, sobre todo, por el pecado que iba a cometer.

En la calle, rumbo al antro, quiso huir, pensó correr sin parar hasta llegar a su casa. Se sintió mareado. En la boca conservaba un gusto amargo por la combinación del alcohol, los cigarros y su propia adrenalina. En el “Perro que ladra”, ya no bebió, pretextando que estaba mareado y que no quería vomitar. Lo perdonaron. Los otros sí lo hicieron mientras veían a una mujer que se iba quitando lentamente la ropa. Salió aturdido pero también excitado al ver ese cuerpo desnudo que se enredaba en un tubo metálico. Al ver a las prostitutas de la Merced, mujeres o muy jóvenes o muy viejas, feas en la mayoría de los casos, exageradamente pintarrajeadas de la cara, y que le hacían señas soeces, se llenó de terror. Nuevamente quiso huir. Lo único que alcanzó a decir es que mejor lo dejaran para otro día, que no se sentía muy bien. Uno de los jóvenes fue quien hizo el trato con una mujer gorda ya entrada en años, recomendándole, a gritos, que tratara bien a su amigo ya que era virgen. La mujer, riendo, pidió el pago por adelantado. Después tomó de la mano a Mario Enrique y lo introdujo a un cuartucho de piso de tierra y que por todo mobiliario tenía la cama y una palangana de agua donde hacía su aseo. Sin

LO MÁXIMO

desvestirse se subió a la cama, se alzó la falda y dijo que ya estaba lista. Que se apurara. Mario Enrique estaba paralizado de pie junto a la puerta.

- ¿ Qué esperas?
- Yo...
- Desvístete o quieres que yo lo haga por ti.

Lentamente el joven se fue quitando su ropa. Cuando quedó en calzoncillos le pidió a la mujer que apagara la luz.

- Pues qué te crees. ¿ No me digas que lo tienes diferente a los demás? He visto miles de hombres desnudos y no creo asustarme por lo tuyo. ¿ O sí? Además no me importa que tus amigos digan que eres virgen. Eso ya me lo conozco de sobra. Yo tengo que revisarte para ver si no tienes un chancro o una gonorrea. Acércate.

Rojo de vergüenza quedó desnudo. Cuando la mujer tomó su miembro entre sus manos para examinarlo sintió que se moría de la pena. La mujer, de un fuerte tirón, lo colocó sobre ella. El olor de la prostituta, mezcla de sudor y perfume barato, más el de la cama que era nauseabundo despertaron en él nuevos deseos de vomitar.

- Primero lo tienes chico y ahora sales con que no se te para. No tengo tu tiempo. Si no terminas rápido te vistes y ai nos vidrios.

No bien había terminado ella la frase cuando Mario Enrique saltó de la cama y sin pensarlo empezó a vestirse. En su desesperación por salir del lugar no escuchó la serie de insultos de la mujer: Lo menos que lo llamó fue puto.

Corriendo llegó a la esquina donde los demás contemplaban un pleito entre dos borrachos. Al terminar éste, sin decir palabra alguna, caminaron hacia el metro. Ya cerca de la estación le preguntaron que cómo le había

LO MÁXIMO

ido, que si le había gustado, que qué tal estaba la vieja, que si hacer el amor no es lo máximo.

- Sí, sí lo es. Es lo máximo.

Fue hasta quedar solo en su cuarto que pudo llorar.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1999